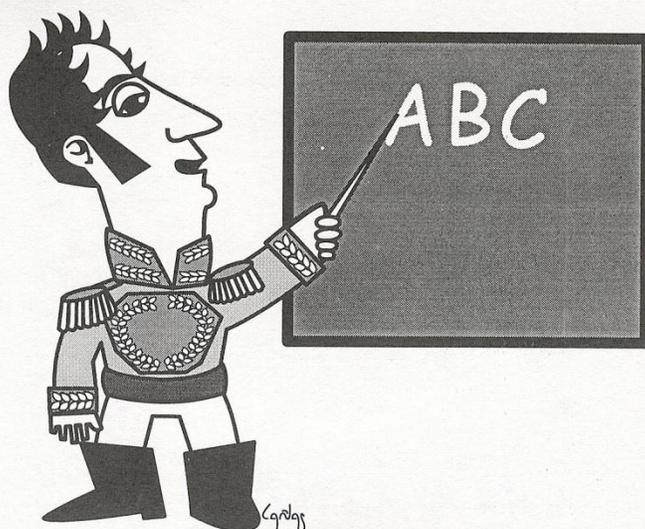


INTERVÍAS EDUCATIVAS

EDUCERE



ANTECEDENTES DE LA ESCUELA BOLIVARIANA

JESÚS ROSAS MARCANO
PERIODISTA

EDUCERE, INTERVÍAS EDUCATIVAS, AÑO 3, Nº 7, OCTUBRE, 1999

INTERVÍAS

los colegas universitarios, Héctor Navarro y José Miguel Cortázar, van dirigidos estos prolegómenos de las escuelas bolivarianas, que pueden servir para algún marco teórico. Si alguien me tilda de jalamecate, bien merecido lo tengo.

Clausurado el régimen colonial y establecido el gobierno republicano, el Libertador se empató en enrumbar sólidamente la vida civil del país. Aceptó las proposiciones que desde Baltimore le hizo llegar el eminente educador Joseph Lancaster por intermedio del coronel Young, sobre la novedad pedagógica de las escuelas monitoriales, conocidas como sistema de Bell y Lancaster.

Los fundamentos del método se dan a conocer al intendente departamental, doctor Andrés Narvarte, por ausencia del general Soublette. Igualmente se señalan los instrumentos indispensables para su funcionamiento. (*El Venezolano*, número 19; 14 de octubre de 1822).

"Cada escuela tendrá un solo maestro, bien dotado,

para que pueda vivir decentemente sin necesidad de distraerse en otras ocupaciones". (No matando tigres, recuperando alumnos raspados de otras escuelas). "Se escogerán sujetos capaces de ennoblecer un destino que hasta ahora ha sido despreciado entre nosotros por nuestra ignorancia o desgracia". (O por meterse a sindicaleros para no dar clases).

Se expresaba categóricamente que los maestros de estas escuelas debían ser considerados como magistrados de la República y que la asignación de 100 pesos mensuales (un peso era igual a un dólar) serían indispensables para que el preceptor pudiese llevar una vida decente. Para entonces la pitanza de un general era de 300 pesos mensuales.

Juego de pelota, esgrima, natación

Los niños a admitir en las escuelas debían estar comprendidos entre los cinco y los doce años. El horario indicaba las actividades de la mañana de 8 a 12; por la tarde, de 3 a 6. Una hora de recreo diaria sería empleada

por los niños en juego de pelota, esgrima y arte de nadar. La merienda era optativa, la obsequiaban copiosamente las frescas huertas que bordeaban los ríos que servían de piscina.

Las falsas leyendas y los cuentos supersticiosos se excluían de la lectura de los niños. Los folklóricos rescataron la “mula maneá” y la “Oración del Negro Felipe” para volverlos cultura popular.

Se recalcaba que la enseñanza debía ser eminentemente práctica y que todas las reglas explicadas debían servir a los usos comunes de la vida.

Fue preocupación del gobierno departamental la organización de un seminario de maestros para perfeccionar el método de Bell y Lancaster. (*Iris de Venezuela*, número 58; 20 de noviembre de 1823). Yo diría que fue la primera escuela normal que existió en el país.

Se tomó como piloto la escuela que dirigía en Caracas el señor Carlos Bello, hermano de Andrés, quien fue maestro de geografía de Simón Bolívar.

Ezequiel Zamora, niño lancasteriano



El periódico *El Venezolano*, número 41 de 31 de mayo de 1823, exhorta

a los padres de familia a inscribir sus hijos en el establecimiento público donde recibirán estos “las primeras nociones de civilización humana, inspirándoles al propio tiempo ideas exactas de la dignidad del hombre y las más conformes de los gobiernos libres”.

La sesión inaugural tuvo lugar en la capilla del colegio el 20 de julio 1823. Los niños desfilaron ante las autoridades superiores y tomaron asiento en sus respectivos bancos; trajeados sencillamente de chaqueta y pantalón blanco de lienzo y sombrero de cogollo con escarapela tricolor.

La capilla es la propia del Concejo de Caracas. Bueno, que Antonio Ledezma no considere esa estética popular para reivindicar el protoadequismo de “Juan Bimba”.

En la sala había comodidad para 40 niños. Forzaron la entrada a 17 párvulos más. Fueron rechazados “con el mayor dolor” un centenar de alumnos.

Entre los padres que habían concurrido, y cuyos hijos fueron admitidos, estaba doña Paula Zamora Correa con su hijo Ezequiel de diez años. Madre e hijo escucharon en la bienvenida los encomios de “la enseñanza mutua y las bondades del método del señor Lancaster”. El mérito estaba en “la invención de instruir a los niños por medio de ellos mismos, creando, por

decirlo así, en una escuela que se renueva, una ciencia permanente”.

No está averiguado a quiénes en la cincuentena de compañeros de aula inculcó el niño Ezequiel su espíritu combativo de rayo que no cesa. Me temo que el constituyente que te conté, ya dirá que en él reencarnó el vecino de banco más identificado con Zamora [ⓔ]